

lante de sí precisamente a uno de los discípulos de su más formidable enemigo, a Judas el Iscariote. ¿Qué vendría a decir? ¿qué misión iría a proponer? Todos redoblaron su atención y perversa curiosidad. Triste es el modo como expresa el Evangelio lo que le aconteció a Judas.

«Entró, dice San Lucas, Satanás en Judas, el llamado Iscariote, uno de los Doce, y fuese a los sumos sacerdotes, resuelto a entregarle».

Admitido Judas en la estancia «habló con los príncipes de los sacerdotes y magistrados acerca del modo cómo podría entregar a Jesús», y debieron discurrir acerca de ello larga y determinadamente buscando el medio más apto. Y aunque ellos acababan de decir que no convendría durante la pascua, pero con la oportunidad que ahora se les presentaba cambiaron de parecer y aceptaron la propuesta del falso discípulo.

Entonces éste les dijo:

«¿Qué me queréis dar y yo os lo entrego?»

»Ellos alegres de lo que oían se comprometieron a pagarle y le propusieron treinta monedas de plata».

»Y él aceptó. Y desde entonces púsose a buscar la ocasión de entregarle a parte de las turbas».

Treinta monedas de plata eran sin duda treinta siclos, moneda muy corriente entre los judíos, y sagrada por decirlo así, según ya lo explicamos en otro sitio, para los usos del templo, en que no se admitía la otra profana, que llevaba el busto de los emperadores. La cantidad era en sí misma bien pequeña; valdría tanto como cien pesetas de nuestra moneda, ya que cada siclo poco más o menos equivalía a tres y cincuenta céntimos. Era lo que debía pagarse a un amo a cuyo esclavo se había dado sin querer la muerte, según se prescribía en el Exodo. Y en la profecía de Zacarías, el Buen Pastor puesto en Israel por Jehová, cansado de las ingraticudes y protervias de su rebaño cuenta así lo que le sucedió: «Yo les dije: Si os parece bien pagadme mi salario, y si no, haced lo que queráis. Y ellos pesaron mi salario y me dieron treinta siclos de plata. Y me dijo Jehová: ¡Echa eso al alfarero! echa esa magnífica suma en que me han valuado! Y tomé los treinta siclos y los eché en la casa de Jehová a un alfarero».

No fué otro el infame contrato que hoy se celebró entre el más alevoso traidor que ha habido en el mundo, y los más infames asesinos de Israel. Inconcebible era la perversidad de Judas en vender a su Maestro. Pero más inconcebible su mezquindad al contentarse con treinta dineros por la venta del más admirable de los Hijos de los hombres, del Mesías e Hijo de Dios.

Bien pudo estar todo este tiempo Judas apartado de los demás sin que chocase su falta. Cuando los otros con el Maestro subieron por el monte Olivete de vuelta a Betania, él pudo quedarse muy bien en la ciudad, como para arreglar las cosas para la pascua, tal vez para comprar el cordero pascual, y todo lo necesario para la cena.

Ajustada la compra del cordero pascual y ajustada también la venta del Cordero de Dios, salió de la ciudad con el enorme peso de su crimen, a juntarse con sus compañeros a quienes, si no alcanzó en el camino, se reunió en Betania. ¡Mala noche la que le esperaba meditando en su compromiso! horrible remordimiento el que tenía que roerle, por malo que fuese, su corazón de zorro!

En memoria de esta injuria hecha a nuestro Salvador, la Iglesia, desde los más antiguos tiempos, designó el miércoles para día de penitencia, a una con el viernes, porque en el primer día fué vendido y en el segundo crucificado nuestro Redentor.

## 246. LA PASCUA

### MODO DE CELEBRARSE

Iba Jesús a celebrar ya la última Pascua, y será bien que, para que mejor entendamos todo lo que aconteció en estos días últimos de la vida del Salvador, expliquemos lo que significaba la Pascua entre los judíos.

Pascua era una palabra derivada de otra: *phesa* en hebreo, *phase* en arameo, *pasja* en griego, de donde *pascha* en latín y *pascua* en castellano.

Significaba lo mismo que tránsito, y aludía al tránsito del Señor de que nos habla el libro del Exodo en este pa-

saje que aunque sea un poco largo, vamos a copiar a la letra, para que mejor se entienda todo.

«Dijo Jehová a Moisés y Aarón en el país de Egipto:

»Que este mes sea para vosotros el principio de los meses; será para vosotros el primero de los meses del año. Decid a la reunión de Israel: el décimo día de este mes, tome cada uno un cordero por familia, un cordero por casa. Si la casa es poco numerosa para un cordero, lo tomará en común con el más vecino, reuniéndose en número de personas tal, que puedan todas comer del cordero. El cordero será sin defecto, macho, de un año, podréis tomar un cordero o un cabrito. Lo guardaréis hasta el catorce de este mes, y toda la gente de Israel lo inmolará entre las dos tardes. (*Quiere decir entre el comienzo del crepúsculo y el fin de él*). Recogeréis de su sangre y la pondréis en los dos montantes y en el dintel de la puerta en las casas en que se coma. Se comerá la carne en ese día: la comeréis asada al fuego, con panes sin levadura y con yerbas amargas (*es decir, lechugas, apio y otras semejantes*). No comeréis nada crudo ni cocido con agua, sino todo asado al fuego, cabeza, patas y entrañas. No dejaréis nada para el día siguiente, y si resta algo lo quemaréis. Lo comeréis así: ceñida la cintura, puestas al pie las sandalias, bastón en mano y de prisa. Porque es el paso (la pascua) de Jehová. Yo pasaré esa noche por el país de Egipto, y heriré de muerte a todos los primogénitos de Egipto...

«Yo soy Jehová.

»La sangre será una señal en vuestro favor en las casas en que estéis. Yo veré la sangre y pasaré por alto de vosotros, y no habrá para vosotros plaga de muerte cuando yo castigue al país de Egipto. Conservaréis el recuerdo de este día y lo celebraréis con una fiesta en honor de Jehová. Lo celebraréis de generación en generación, y será una fiesta perpetua».

Y prosigue después diciendo las prescripciones y ritos que durante la Pascua habían de observarse durante siete días.

Este es el origen de la Pascua, la fiesta más sagrada y significativa de Israel, profecía viva y constante de la inmolación del Cordero de Dios que había de quitar los pe-

cados del mundo, y que inmolado por nuestro amor había de ser, como dice San Pablo, nuestra nueva y verdadera Pascua de los cristianos.

Llamábase también esta fiesta y semana la fiesta o semana de los *ácimos*, es decir, de los panes sin levadura, porque durante todo ese tiempo no era permitido ni probar ni siquiera tener en casa pan fermentado.

La manera de celebrarla era una especie de reproducción familiar de aquella última noche que los hebreos pasaron en Egipto, y un recordatorio dramático de aquella redención de Israel hasta en sus menores detalles.

El tiempo era el mes de Nisán, es decir, el primer mes de los judíos, que comenzaba en la primera luna de nuestro Marzo y acababa en la primera de nuestro Abril. Duraban las fiestas siete días, y comenzaban desde el catorce. Este respeto al tiempo lo conserva todavía la Iglesia, que celebra la Pascua en la misma época del año en que caería entre los hebreos, para recordar así los misterios de la Pasión en el tiempo en que acaecieron. Y por eso es variable la Pascua todos los años respecto de nuestro calendario, que tiene otra base que el calendario hebreo.

Todos los ritos estaban con minuciosidad determinados. Desde la noche del 13 de Nisán, en que ya comenzaba el 14 de Nisán, el amo de casa la registraba toda, recogía todo el pan y levadura que encontraba y lo quemaba al mediodía, de modo que al comenzar la noche del 14 de Nisán no quedase en casa nada de pan fermentado. Entretanto las mujeres preparaban para la noche sin levadura, sin sal y sin aceite panes y leves tortas.

Entre las dos tardes, es decir, entre el comienzo y fin del crepúsculo, se inmolaba el cordero.

El cordero pascual no había de ser un cordero cualquiera. Cordero o cabrito, que lo mismo servía uno que otro, había de ser macho, tendría un año cumplido y estaría exento de todo defecto, sobre todo de los defectos rituales. Entre el diez y el trece del mes lo separaban del rebaño y lo tenían en casa atado a su propia cama.

En la tarde del 14 de Nisán lo inmolaban durante el sacrificio vespertino, entre el clamor de cien trompetas y el canto de los salmos. Procedíase a esto con mucho orden,

en cuanto cabe, y con una presteza singular. Todo era necesario para despachar una tan grande multitud de inmola- ciones. Divididos en tres grupos entraban los israelitas con sus corderos uno tras otro, para proceder por partes. Al lado de los sacrificadores, que podían serlo cuantos no tu- viesen mancha legal, colocábanse los sacerdotes, que reco- gian la sangre en vasos que corrían de mano en mano hasta el altar en que se derramaba. Calcúlese lo que estas operaciones costarían, teniendo presente que, según dice Josefo, algún año llegaron a 256.000 los corderos sacrifi- cados. Mas cada uno de los tres grupos procedía con tanta destreza, que nunca dieron tiempo a los levitas para repe- tir tres veces los salmos designados.

Sacrificado el cordero y desollado en el templo, llevá- banlo a casa, y allí lo asaban regularmente en dos palos de granado, uno que lo atravesaba a lo largo y otro en cruz que extendía los cuartos delanteros.

Para comerlo juntábanse de ordinario de diez a veinte personas. Era para los varones obligatorio participar del cordero y comer pan ácimo, aunque solo fuese el tamaño de una oliva. Las mujeres podían asistir y participar del convite, pero no estaban obligadas.

En los primeros tiempos comían el cordero pascual de pie, como parece indicarlo la Ley. Luego lo comían senta- dos, para dar a entender que habían llegado los tiempos de la libertad. Y aun los siervos y los que en otras ocasio- nes no se sentaban habían de sentarse al comer el cordero.

La cena se hacía poco más o menos de este modo.

Juntados los convidados, tendíanse en taburetes o lechos poco elevados que estaban alrededor de la mesa, y apo- yado el brazo izquierdo sobre un cogerete tenían libre el otro para coger los manjares. El padre de familia tomaba una copa de vino mezclada con un poco de agua y decía: ¡Bendito sea el Señor que crió el fruto de la viña! Y bebía y daba a beber de la misma copa a los convidados. En un barreño que circulaba por todos lavábanse las manos, y en una servilleta que iba de mano en mano se las enju- gaban.

Acercábase entonces la mesa preparada, que se metía entre los lechos de los convidados que formaban en escua-

dra una □ de tres lados. En ella venía el cordero asado, rodeado de varias clases de peregiles y yerbas amargas. Delgados y recientes los panes ácidos, se extendían por la mesa. Y en una salsera para mojarlos estaba la famosa salsa *charoset*, hecha de manzanas, higos, limones, cocidos en vinagre y condimentados con canela y especias de va- rias clases. Procurábase darle un tinte de ladrillo o de ado- be, y colocarla en una taza alargada, de modo que les re- cordase el mortero y la arcilla con que trabajaban en tiempo de los Faraones.

El presidente tomaba las yerbas, y mojadas en charoset las probaba y daba a los demás, mientras rendía gracias a Dios con oraciones.

Entonces se escanciaba otra copa, y tomándola el más joven, preguntaba al presidente o padre la significación de aquello que se estaba haciendo. Tomaba entonces la mano el padre, y señalando uno por uno todos los objetos de la mesa, iba explicando con toda solemnidad a los circuns- tantes lo que cada cosa significaba, las angustias de sus padres en Egipto y en el camino a la tierra prometida, y las misericordias de Jehová con su pueblo.

«Por estos prodigios, concluía diciendo, debemos alabar y ensalzar al que cambió en alegría nuestras lágrimas, y en luz nuestras tinieblas. A él solo debemos cantar ¡Alleluya!»

Y todos a una voz empezaban el *Hallel*, es decir, la ala- banza con los salmos 112 a 117.

Bebíase la copa preparada, lavábanse de nuevo las ma- nos, tomaba el padre los ácidos, y partiéndolos los distri- buía en pequeña cantidad, para que se acordasen de las escaseces antiguas, repartíanse también las yerbas untadas en charoset, y se comía por fin el cordero.

Comido el cordero todo entero, llenabase tercera vez la copa. Bebían de ella todos, y entonaban los últimos salmos del *Hallel*.

La cuarta copa final pasaba de mano en mano y con ella quedaba terminado el convite.

Todo debía concluir antes de media noche. Si quedaba algo del cordero debía consumirse en el fuego.

Estas ceremonias serían las que más o menos variadas observarían Jesús y sus discípulos en la última cena, como

vamos a verlo, si bien los evangelistas, dándolas por sabidas, nada dicen de ellas.

#### 247. DIFICULTADES ACERCA DE LA PASCUA DE JESUCRISTO

Una gran dificultad y controversia suele suscitarse acerca del día en que el Salvador celebró la pascua, y de ella diremos aquí breves palabras, sin entrar en más discusiones, que no cuadran bien con el carácter de sencillez y popularidad que estamos dando a nuestra historia.

De suyo la pascua comenzaba, como hemos dicho, en la noche del 14 de Nisán, y la cena pascual tenía que ser en esta noche. Al otro día era ya primer día de pascua, y fiesta en que no se podía trabajar.

Los sabios, pues, estudiando los evangelios tropiezan con varias dificultades y aparentes divergencias, que unos explican de una manera y otros de otra.

Todos convienen en que Jesucristo celebró la cena un jueves, padeció la muerte un viernes, y resucitó un domingo.

Pero la disputa suele ser sobre los días en que cayeron este jueves de la cena, y este viernes de pasión. Unos dicen que cayeron en 13 y 14 de Nisán, y otros que en 14 y 15.

Por una parte parece que, según San Juan, la pascua comenzaba el sábado, y según eso el viernes fué 14, y el jueves no pudo ser el primer día de los ácidos, que ritualmente era el 14 de Nisán. Pero según indican los otros evangelistas, el día en que celebró Cristo la cena era ya el primer día de los ácidos, y por tanto, según parece el jueves era ya 14, y el viernes tenía que ser 15 o primero de pascua.

Muchas son las soluciones que a este problema procuran dar los exégetas. Algunos dicen que Jesucristo celebró la pascua un día antes que los demás judíos, porque quiso de este modo dar fin a la pascua antigua y hacer que la verdadera pascua, la inmolación del verdadero Cordero se celebrase el mismo día en que por la tarde habían de inmo-

larse los corderos pascuales. Según estos la cena pascual debería haberse celebrado, y se celebró en efecto por los demás judíos el viernes.

Otros dicen que no solo Jesucristo, sino también los judíos, por alguna de varias razones que exponen, celebraban o podían celebrar el convite del cordero en dos días, el jueves 13 y el viernes 14 de Nisán; pero que la pascua comenzaba este año el sábado.

Otros creen que no hubo ninguna mudanza de lo ordinario, sino que el jueves Cristo hizo lo que todos los judíos hicieron, y comió, como todos los demás, el cordero pascual cuando correspondía. Y que el viernes, en efecto, era ya primer día de pascua. Algunas y fuertes dificultades hay contra esta opinión, y en su lugar aunque de paso las explicaremos. Pero acaso sea esta solución la que menos inconvenientes ofrece entre todas.

Parece indudable que, si hubiera Jesús comido la pascua en día distinto que los demás judíos, ya los evangelistas lo hubieran notado, y el mismo Señor hubiera dado la razón de ello. Ahora bien, por ninguna parte se descubre en los Evangelios en todo el proceder de Jesucristo en estos días ninguna cosa desusada. Tanto San Juan como los otros tres, hablan como si Jesús no se hubiese salido en nada de lo acostumbrado. Prueba suficiente de que en todo se ajustó a las prescripciones legales.

Así la cuestión queda reducida a explicar algunas frases de los evangelios, para lo cual sería preciso conocer muy al pormenor todas las costumbres de los hebreos en tiempo de pascua, y el sentido que pueden tener ciertos modos de hablar de San Juan, sobre todo.

Dejemos nosotros estas sutiles, aunque importantes cuestiones para los sabios y vamos a la narración de lo que Cristo hizo en la Pascua.

Únicamente añadiremos para perfeccionar la idea que estamos dando de lo que era la pascua para los judíos, que la cena pascual no era más que el comienzo de la fiesta. Seguían después siete días festivos, en los cuales también ofrecían los hebreos muchos sacrificios, y se reunían muchas veces en el templo, y se festejaban en las calles y en los alrededores, que todos ellos rebosaban de ingente

multitud y abigarrado pueblo de todas partes. Lo que en los actos de los Apóstoles se refiere el día de Pentecostés, puede decirse mucho mejor del día de la Pascua; que en él se hablaban en la Ciudad Santa lenguajes y dialectos de todas clases, y se juntaban naciones de todo el mundo, «Partos, y Medos y Elamitas, de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto, de Asia, de Frigia, de Panfilia, de Egipto de la región de Libia, de cerca de Cirene, peregrinos Romanos así judíos como prosélitos, Cretenses, Arabes».

Y aunque había mucha hospitalidad, sobre todo en este tiempo de pascua, era imposible recibir a todos en las casas. Porque si es verdad lo que dice Josefo, que algún año fueron 256.500 los corderos sacrificados, bien podemos suponer que serían lo menos 2.565.000 los convidados a comerlos, o como el mismo Josefo calcula 2.700.000 y hasta tres millones. Los cuales rebosando de las casas ponían sus tiendas y moradas en las plazas, en las calles y sobre todo en el campo, en las lomas de los montes, en los valles, en los huertos, formando alrededor de la Ciudad Santa el mas vistoso y pintoresco espectáculo que a la imaginación puede ofrecerse, de tiendas de todos tamaños, hechuras y colores.

Todos los peregrinos permanecían durante toda la semana pascual en Jerusalén. Solo por necesidad se toleraba a algunos volver al tercer día. El segundo de las fiestas se hacía al Señor la oferta de las primicias de los campos. Antes de esta ofrenda no se podía probar ninguno de los nuevos frutos del año.

#### 248. PREPARACIÓN DE LA PASCUA DE JESÚS

(L. 22, 7-13; Mc. 14, 12-16; Mt. 26, 17-19)

Llegaba, pues, para todos la pascua, y para Jesús la última y más importante de las pascuas, última que había de valer también a los ojos de Dios, y que iba a ser sustituida por otra mucho más santa, por la verdadera pascua del verdadero Cordero que quita los pecados del mundo.

Era el día mismo de los ácidos, y á la tarde había que

comer el cordero. No había, por tanto, tiempo que perder. Llamó el Señor a dos de sus discípulos, a Pedro y Juan y les dijo:

«—Id y preparadnos la pascua para que la comamos.

Cuando esto dijo le preguntaron los discípulos:

«—Dónde quieres que te preparemos para comer la pascua?»

Atento me figuro yo que estaría a toda esta conversación Judas Iscariote, y bien pudiera ser que con motivo de ser él el procurador, y deseoso de saber el sitio de la cena para realizar sus intentos, pusiese empeño en conocer de antemano el sitio, y aun de ser elegido para preparar el banquete. Mas sea por esto, sea por otros motivos, Jesús ni eligió a Judas para el oficio, sino a Pedro y Juan que eran de toda confianza y muy a propósito para el cargo, ni tampoco definió el sitio en que había de comer el cordero. Sino que respondió así.

«—Id a la ciudad, y al entrar en ella encontraréis un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa en que entre, y allí diréis al dueño de ella; el Maestro te dice: Mi tiempo está cerca, voy a celebrar la pascua en tu casa con mis discípulos. ¿Dónde está el aposento en que he de comer la pascua con mis discípulos? Y él os enseñará en lo alto de la casa un salón espacioso amueblado. Preparad allí».

Todo hace pensar que el Señor, pródigo, sin que lo supiesen los apóstoles había tratado del asunto con el dueño de la casa, que tal vez debía ser alguno de los discípulos, José o Nicodemus o la madre de Juan Marcos. Estaba este salón en lo alto de la casa, y preparado para la cena pascual. Debía pertenecer a dueño de toda confianza, porque en él se juntaban los discípulos después de muerto Jesús y en él recibieron al Espíritu Santo. Lo espacioso de su recinto puede deducirse de que en él pudo San Pedro después de la resurrección hablar a ciento veinte discípulos de Jesús, cuando la elección de Matías. Debía, en fin, dar por alguna ventana o por la escalera a la calle, pues desde allí habló y fué oído San Pedro por los transeuntes.

Fueron, pues, los dos apóstoles, llegaron a la ciudad, encontraron al hombre del cántaro, le dieron el recado de su

Maestro, hallaron todo como éste les había dicho, y prepararon la pascua.

Como nada más nos dice el Evangelio, nada más podemos decir nosotros de lo que San Pedro y San Juan hicieron. Pero de seguro harían lo que todos los demás. Llevarían consigo el cordero que debió comprar días antes el Iscariote, y entrarían con él en el templo a inmolarlo. Una vez sacrificado el cordero irían al cenáculo, y prepararían los ácidos, las yerbas, la salsa, la mesa, el estrado, los vasos y los barreños para las purificaciones.

Era la caída del día, habíase puesto ya el sol, y pasado como ellos decían, *la primera tarde*. Surgían las tinieblas de la noche, y se acercaba *la segunda tarde*, como llamaban al fin de ella. El cordero estaba inmolido, puesto al fuego íbase tostando, mientras el Señor desde Betania se acercaba por última vez a Jerusalén a ser él también inmolido al otro día. Ya no habían de ver sus ojos otra tarde, ni otra puesta del sol.

Viniendo de Betania al doblar la cumbre del monte Olivete, presentóse ante sus ojos aquel espectáculo maravilloso de miles y miles de tiendas de campaña todas enramadas y vistosamente engalanadas para la fiesta nocturna. De las más de ellas subía ya el humo de las hornillas en que se estaban asando los corderos. Un confuso murmullo de gente innumerable, mezclado con aleluyas, exclamaciones, pedazos de salmos, tonadas orientales, risas, gritos, voces, subía desde el fondo del valle y causaba alegría a los corazones libres de cuidados.

El de Jesús iba despedazado por dos encontrados afectos. El uno de un gran anhelo de celebrar aquella pascua y salir aquella misma noche a salvar la humanidad; el otro de horror y espanto a la perspectiva de lo que tenía que sufrir. Desde allí veía el huerto de Getsemaní, las casas de Anás y de Caifás, el palacio de Herodes, la Torre Antonia y la morada de Pilatos, el arco de Ecce Homo, la calle de la Amargura y el Calvario...

Triste bajada la de Jesús angustiado en medio de la general alegría que resonaba en todas las moradas.

Pasó por al lado del huerto de Getsemaní, subió a la ciudad, y entró en el Cenáculo.

## 249. SE SIENTAN A LA CENA

(L. 22, 14-18; Mc. 14, 17-25; Mt. 26, 20-29)

Entraron en el cenáculo que ya les estaba preparado. Recibiríanlos, sin duda, el amo de la casa y él mismo los conduciría a lo alto de su morada donde estaba todo aguardándoles.

Llegados allá Jesús y sus discípulos, sentáronse todos y ellos solos a la mesa, y dieron comienzo a la cena pascual. Y estaban ya sentados, cuando con gran solemnidad el Maestro en presencia de las viandas pascuales les dijo:

«—Con gran deseo he deseado comer esta pascua con vosotros, antes de padecer. Porque os aseguro que desde ahora no volveré a comerla hasta que se cumpla en el Reino de Dios». Es decir, hasta que se celebre otra más cumplida y verdadera en el reino de los cielos.

»Entonces tomó la copa, y dió gracias y dijo:

»—Tomad y repartidla entre vosotros. Porque os digo que no beberé del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios. Hasta el día en que beba con vosotros otro nuevo en el Reino de mi Padre».

Estaba, pues, celebrando la última pascua que había de celebrar en el mundo, bebiendo el último vino y comiendo el último pan. Ya no había de celebrar otra pascua, ni otro convite, sino en su reino, donde había dispuesto, como les dijo después, una mesa en que con él habían de comer y beber otros manjares celestiales y del todo sobrenaturales.

No era todavía este pan ni este cáliz que les sirvió, el de la Sagrada Eucaristía. Eran uno de los panes y una de las copas que en la cena pascual debían tomarse, y que Jesús tomó, pues la celebró ni más ni menos que solían celebrarla los demás judíos.

## 250. LA DISPUTA SOBRE SU DIGNIDAD

(L. 22, 24-30)

Entonces no se sabe bien con qué motivo, acaso con el afán de beber antes de la copa que estaba circulando comenzó entre los discípulos una de aquellas disputas pueri-

les, propia de hombres sencillos e imperfectos, como las que en otras ocasiones también suscitaron.

Comenzaron a disputar entre sí quién de todos era el mayor. Acaso juntamente con el honor se disputaron el puesto, pretendiendo cada uno sentarse más cerca del Señor, y observar mejor lo que él hacía, y estar unido más íntimamente con él, en aquella noche, que además de ser de suyo muy solemne, comprendían que debía tener algún muy grande misterio, a juzgar por todo lo que iban viendo los últimos días.

Cortó la disputa el Señor con su admirable y acostumbrada mansedumbre, repitiéndoles lo que les había dicho con ocasión de la petición de los hijos del Zebedeo:

«—Los reyes de los gentiles los dominan, y los que tienen imperio sobre ellos son llamados bienhechores. Pero no sea así entre vosotros. Sino el que es mayor en vosotros hágase como el menor. Y el que manda como el que sirve. Porque ¿quién es mayor? el que está sentado o el que sirve? ¿No es verdad que el que está sentado? Y sin embargo yo estoy entre vosotros como el que sirve».

Y animándoles a buscar otras preferencias y dignidades más altas, les dice:

«Pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en todas mis tentaciones, y yo os tengo preparado un reino, así como mi Padre me lo tiene preparado a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel.»

#### 251. EL LAVATORIO DE LOS PIES

(J. 13, 1-20)

Debió suceder esto al fin de la cena, cuando, más alegres los ánimos y más estrechadas las comunicaciones, todos querían acercarse al Maestro. Y el Salvador, después de haberles dado los anteriores consejos, deseoso de enseñarles humildad con el ejemplo propio, y de prepararlos también para el gran misterio y la otra cena mucho más sublime que, sin ellos saber nada, les tenía preparada, procedió a una acción de las más admirables de su vida.

Cuéntalo así San Juan en su Evangelio:

«Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que llegó su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Y acabada la cena, cuando ya el diablo se había propuesto en su mente que Judas el hijo de Simón Iscariote le entregase, sabiendo que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que de Dios había salido y a Dios iba, levántase de la cena, quítase los vestidos, y tomando un lienzo se lo ciñó. Enseguida echó agua en una jofaina, y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a enjuagarlos con el lienzo de que estaba ceñido.»

No sabemos por dónde comenzó, pero ya debía haber lavado a algunos los pies, cuando

»Llegó, pues, a Simón Pedro. Y este le dice:—Señor! tú me lavas a mí los pies?

»Respondió Jesús y le dijo:—Lo que yo hago no lo entiendes tú ahora. Pero lo entenderás después.

»Dijole Simón:—A mí no me lavarás los pies jamás.

»Respondióle Jesús:—Si no te lavo no tendrás parte conmigo.

»Dícele Simón:—Señor, no solamente mis pies, sino también las manos y la cabeza.

»Dícele Jesús:—El que está lavado no tiene necesidad sino de lavarse los pies, antes bien está limpio todo. Y limpios estáis vosotros, pero no todos.

»Sabía bien quien era el que le iba a entregar, por eso dijo no estáis limpios todos.

»Cuando acabó de lavar los pies de ellos, y tomó sus vestidos, sentándose de nuevo a la mesa, les dijo:

«—¿Sabéis lo que acabo de hacer con vosotros?

»Vosotros me llamáis Maestro y Señor y decís bien, porque lo soy. Pues si yo Señor y Maestro os he lavado a vosotros los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que como yo he hecho con vosotros así lo hagáis vosotros.

»En verdad, en verdad os digo, no es el siervo mayor que su señor, ni el apóstol mayor que quien le envía. Si esto sabéis, si lo hacéis seréis bienaventurados».

Y acordándose de que no todos lo serían, porque no todos lo harían, añadió:

«No lo digo por todos vosotros. Yo sé a quienes he elegido. Pero para que se cumpla la escritura: *El que come mi pan levantará contra mí su pie*. Os lo digo desde ahora, antes que suceda, para que cuando suceda creáis que soy yo».

Y añadió una sentencia clara en sí misma, pero que no podemos averiguar bien con qué enlace ni a qué propósito la dijo: acaso falta en el Evangelio alguna interrupción o suceso que lo explique.

«En verdad, en verdad os digo: quien recibe al que yo enviare a mí me recibe, y quien me recibe a mí recibe a aquel que me envió».

No era el fin de este lavatorio solamente el darles ejemplo. Propúsose además, según tradicional sentimiento de la Iglesia purificar a sus discípulos más y más para los grandes misterios que se acercaban.

#### 252. INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

(L. 22, 19, 20; Mc. 14, 22-24; Mt. 26, 26-28; I Cor. 11, 23-25)

Ya se había terminado, como dijimos, la cena pascual. Ya el Maestro había lavado los pies de sus discípulos. Ya estaba de nuevo sentado a la mesa el Salvador, cuando mirándole todos y esperando a lo que iba a hacer, tomó el Señor un pan de los que aún quedaban en la mesa, y lo partió en pedazos, y lo dió a sus discípulos, diciendo:

«—Tomad y comed, este es mi cuerpo que se da por vosotros. Haced esto en memoria de mí».

»Del mismo modo tomó enseguida el cáliz, dió gracias, y se lo entregó, diciendo:

»—Bebed de él todos. Porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por vosotros y por mí será derramada para remisión de los pecados. Haced esto siempre que bebáis en memoria de mí».

¡Oh admirable Sacramento! verdaderamente tenía razón San Juan cuando decía que Jesús habiéndonos amado, nos amó hasta el fin, hasta el exceso, hasta el extremo, hasta no poder más. Y con razón al ir a instituir un sacramento tan prodigioso y estupendo tuvo que tener presente el Salvador que su Padre le había dado todo en sus manos, y

que tenía poder para hacer toda clase de milagros y prodigios, aun este de la Eucaristía que es el mayor que ha hecho jamás el Señor en la Iglesia.

Discretamente nos revela el mismo apóstol amado, que la razón de hacer este prodigio y realizar este misterio el Señor era el saber que había salido del Padre para estar con nosotros y que ya se le acababa este tiempo de estar entre los hombres. Y como tenía este grandísimo amor y deseo de estar con los hombres, de tal manera combinó su omnipotencia, su amor y su providencia, que aunque se fuese se quedase, y aunque estuviese en su Padre estuviese también con sus hijos.

¡Qué tesoro de omnipotencia, qué sublimidad de misterios, y sobre todo, qué riqueza de amor concentró el Corazón de nuestro dulcísimo Salvador en este momento de la institución de la Eucaristía! ¡Con qué sencillez realizó tan estupendos prodigios!

Así como la antigua Alianza o Testamento de Jehová con el pueblo de Israel se consagró con sangre de víctimas, así también esta Alianza y Testamento Nuevo de Jesucristo con su pueblo, se confirmó y selló con la sangre del Cordero inmaculado y la inmolación del cuerpo de Jesucristo. Y por eso dijo el Señor: esta es mi sangre del Nuevo Testamento. Y llama eterno a este Testamento la Iglesia, porque no tendrá fin jamás como lo tuvo el Antiguo.

En esta noche además de instituir Jesús la Eucaristía, instituyó a sus apóstoles sacerdotes, como nos lo enseña el Concilio de Trento, cuando dice: «Cristo ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y vino, y con los símbolos de las mismas cosas a los apóstoles a quienes entonces instituía sacerdotes del Nuevo Testamento, las entregó para que las tomasen, y a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio, les mandó que las ofreciesen por medio de estas palabras: Haced esto en memoria de mí. Así lo ha entendido siempre la Iglesia católica». (Ses. 22, c. 1).

De manera que en esta noche el Señor instituyó la Eucaristía, comulgó a sus discípulos, los ordenó sacerdotes, ofreció el sacrificio incruento que después había de ofrecer sangriento en la cruz, mandó que este sacrificio se ofre-

ciere perpetuamente, y en fin, reunió en un punto toda la vida que había tenido en la tierra, quedándose perpetuamente en la Eucaristía para perpetuar con nosotros después de subido a los cielos, lo que estando en la tierra había hecho.

Hermosamente dice la Iglesia en uno de sus himnos: «Dado a nosotros, nacido para nosotros, de una Virgen intacta, y habiendo conversado en el mundo, esparciendo la semilla de su divina palabra, cerró con una institución admirable la duración de su estancia».

Y ¡tan admirable como fué la invención! como que gracias a ella vive Jesús aún con nosotros, y se sacrifica en medio de nosotros y nos santifica con su misma persona.

### 253. REVELA LA TRAICIÓN QUE LE PREPARAN

(J. 13, 21-30; L. 22, 21-23; Mc. 14, 18-21; Mt. 26, 21-25)

A todo esto estaba allí el traidor sentado a la mesa con los demás apóstoles. Mucho tenía que sufrir el generosísimo Corazón de Jesús teniéndolo delante. Háblele ya varias veces indicado delicadamente que estaba al tanto de sus maquinaciones. Háblele lavado los pies, acaso con más especial atención que a los otros, de creer es que más de una vez se encontraron sus ojos plácidos, serenos, amantes, con los recelosos de Judas. Pero su Corazón estaba lleno de angustia y ahogo con la enojosa presencia del malvado. Así que comenzó a desahogarse diciendo a todos:

«—Y a pesar de todo, he aquí que la mano de quien me va a entregar está conmigo en la mesa».

Dijo y calló con un silencio imponente. Todos los discípulos vieron que su espíritu se había turbado. Tanta era su pena y angustia. Y por fin cuando todos estaban pensativos sin acertar a entender bien lo que el Señor acababa de decirles, protestó Jesús y les dijo clara y terminantemente, de modo que nadie tuviese ya duda de su idea:

«En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me va a entregar, uno que está comiendo conmigo. Ahora bien, el Hijo del hombre, se va, según está decretado. Mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre va a ser entregado. Bien le hubiera sido el no haber nacido».

Terror grande y profunda sorpresa infundieron estas palabras del Señor entre todos los discípulos. Mirábanse unos a otros dudando a quien se refería. Y llenos de tristeza comenzaron a preguntar entre sí quién de ellos podría ser el que tal cosa hiciese, y empezaron a decir todos:

«—¿Acaso soy yo? Señor?»

No quería Jesús revelar quién fuese, sino sólo llamarle a penitencia y obligarle suavemente, si quería, a reconocerse. Por eso a nadie respondió en particular, sino que dijo:

«—Uno de los doce que moja su mano conmigo en el plato, ese me ha de entregar».

Acaso, aunque la frase del Salvador, podía convenir a cualquiera de los doce, Judas por estar cercano al Salvador según parece, pudo darse por especialmente aludido. Y o por esto o por no diferenciarse de los otros, dijo él también:

«—Acaso soy yo? Maestro».

Grande era su impudencia, pero por fuerza al preguntar esto al Maestro debió turbarse el traidor, y temblar de la respuesta que el Salvador había de darle.

«Dijole Jesús:—Tú lo has dicho». Es decir, tú eres.

Un rayo debió ser tal palabra para Judas, que lo dejó anonadado: Gracias a que Jesús la debió pronunciar con voz suficiente, sí, para que le entendiese Judas, que según trazas, estaba a su lado, pero tan sumisa que nadie fuera de él pudo oír.

Desde entonces aumentó, sin duda, la zozobra del perverso discípulo, que no veía la hora de salirse. Pero creció su sobresalto, si como es de suponer advirtió las señas que se cruzaron entre Pedro y Juan.

No sabemos cómo se colocaron los apóstoles en la mesa. Pero parece lo más cierto, que cerca de Jesús estaban Judas y San Juan. De sí mismo nos lo asegura claramente San Juan, pues dice que estaba recostado en el seno del Señor. Es decir, según la manera de entonces de comer recostados sobre el codo izquierdo, San Juan estaba delante del Salvador, o lo que es lo mismo a su derecha, de manera que su cabeza venía a caer en el seno del Señor. San Pedro estaba más lejos, y en sitio desde donde no podía hablar al Señor sin que se lo oyesen todos. Pero deseoso de

terminar aquellas crueles incertidumbres y acaso de averiguar quién era el traidor para darle allí su merecido, quiso por medio de Juan averiguar quién fuese. Y o con palabras si estaba cerca, o más bien con gestos, indicó a Juan que preguntase al Señor a quien se refería:

«Dejándose, pues, caer Juan sobre el pecho de Jesús, le dijo:—Señor! quién es?»

Dulce expansión y curiosidad del discípulo amado. Mucho debió conmover a su Maestro entonces, aquella pregunta llena de amor. Y en voz baja, para que nadie les oyese, y delicadamente sin decirle el nombre, para que no lo supiese hasta el fin, le dijo:

«—Aquel a quien yo dé el pedazo de pan mojado, ese es.

Tal vez aún tardó un rato en dárselo hasta que ya estuviese todo acabado. Pero por fin «mojando un pedazo de pan, se lo dió a Judas hijo de Simón Iscariote». Entonces entendió Juan quién era el traidor. Pero no lo dijo a nadie. Fijó curioso y aterrado su vista Juan en Judas, el discípulo amado en el traidor infame, la paloma cándida en el buitre codicioso. Y con la mirada de águila que tenía penetró en el negro abismo de aquella conciencia tenebrosa... Y algo debió notar el Discípulo Amado en Judas cuando tomó el bocado. Alguna inmutación de su rostro, alguna intranquilidad de su espíritu, alguna revolución de sus ojos debió advertir. Porque dice en su evangelio:

«Y tras el bocado entró en él Satanás.

Quiso Jesús librar a Judas de compromisos y acelerar aquella situación verdaderamente tirante y sumamente expuesta y le dijo:

«—Lo que haces hazlo más pronto».

No era, claro está, empujarlo al crimen. Sino advertirle con ironía que estaba en el secreto de todo, y que ya estaba mal allí, pues estaba comprometido. Era en cierto modo decirle: Vas a salir para tu mal hecho; sal pues, cuanto antes, porque aquí estás expuesto.

«No entendieron los demás que estaban a la mesa, para qué le dijo esto. Algunos creían que, como tenía Judas la bolsa, le quiso Jesús decir: Compra las cosas que nos son necesarias para la fiesta, (porque al otro día sábado ya no podrían comprar nada) o que diese algo a los pobres.

»En cuanto recibió, pues, el bocado, salió al punto.

»Y era de noche...»

¡Oh advertencia misteriosa del Discípulo Amado! Era noche. Era la noche que no había de terminar jamás para aquel hombre que estando junto a la luz no quiso dejarse iluminar de ella, sino que cerró los ojos al sol de justicia. Era de noche por fuera. Pero otra noche mucho más tenebrosa llevaba dentro de su corazón el Iscariote.

#### 254. EXPANSIONES DE JESÚS

(J. 13, 31-32)

¡Cuánto sufrió Jesús hasta que salió el traidor! Tanto que no lo quiso disimular. Y apenas se vió libre de su presencia respiró y dijo:

«Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en él. Si Dios ha sido glorificado en él, también Dios le glorificará a él en sí, y al punto le glorificará».

En efecto, ya el Hijo iba a glorificarse; empezaba a glorificar al Padre con su pasión, y el Padre iba a glorificar por la pasión al Hijo con la Resurrección y grande gloria que le preparaba. Y esta pasión y esta glorificación empezaban ya cuando el traidor iba a cumplir su hecho.

Desde entonces comenzó el Salvador a expansionarse con sus discípulos, libre por fin de la presencia e impedimento de Judas. Maravillas de ternura familiar, y al mismo tiempo de sublime teología, componen las últimas conversaciones del Maestro. No es posible detenernos a analizarlas. Las iremos poniendo según están en los Evangelios, persuadidos de que no dejará nuestra alma de encontrar en esta despedida de Jesús dulcísima recreación y gran luz para conocer el Corazón del que nos amó hasta el extremo.

#### El precepto nuevo. (J. 13, 33-35)

«Hijuelos, ya poco tiempo estaré con vosotros. Me buscaréis, pero así como dije a los judíos, adonde yo voy, no podéis venir vosotros, así también os lo digo a vosotros ahora.

»Os doy un mandamiento nuevo: que os améis mutua-